

LA "INTRODUCCION A LA

## **HISTORIA DE LA FILOSOFIA "**

**de G. Hegel**

### **EXPOSICIÓN:**

La "Introducción a la Historia de la Filosofía" de Hegel es una exposición diáfana de su propio pensamiento, escrita en el lenguaje heroico, brillante, de un hombre poseído del espíritu.

En el sistema filosófico de Kant el subjetivismo se afirmaba, sin ser llegar a sus últimas consecuencias. Estaba aún "la cosa en sí" causante de las impresiones recibidas en la sensibilidad, principio de todo conocimiento. Como Jacobi y otros observaron, la causalidad en su sistema es sólo una forma "a priori" con la que el conocimiento enlaza las sensaciones. Así pues, en coherencia absoluta con su propio pensamiento, Kant debería abandonar la "cosa en sí", causa de las impresiones en nuestra sensibilidad, por las que se inicia el proceso del conocimiento, y sumergirse en la pura y total subjetividad. Este paso lo ha dado Hegel al resolver todo el ser en Idea -panlogismo y consiguiente panteísmo- del modo que en esta obra se expone y que intentaré resumir.

Hablemos brevemente de los antecedentes inmediatos de la filosofía hegeliana. Fichte había dado el paso clave que introduce la filosofía alemana en el idealismo: la supresión de la "cosa en sí" en la teoría del conocimiento de Emmanuel Kant, denunciando con razón el carácter de incoherencia o "pegote" que supone el mantenimiento de este dato externo que tan escaso papel juega en el sistema kantiano, y conlleva a las contradicciones de que se le había acusado: en cierto modo es presentada como "causa" de las impresiones, aunque Kant evite ahí, cuidadosamente, el uso de esta palabra pues para él la causalidad es una categoría puramente mental. Por otra parte lleva a dificultades casi insuperables: ¿por qué razón se le atribuye a la "cosa en sí" una cronología en vez de otra? ¿no será que la temporalidad está ya en la "cosa en sí", y no solo en nuestro modo de conocerla? Si la respuesta es positiva el sistema kantiano se nos viene abajo, y de ello es consciente el filósofo de Königsberg, por lo que introduce, bastante avanzada ya la Crítica de la Razón Pura, ciertos "esquematismos transcendentales" que resuelven mal la cuestión. Sea como fuere, Fichte, hacia finales del siglo XVIII, admirador de la obra de Kant, siguiendo una decisión, una mera "actitud personal", en consonancia con el ambiente romántico imperante de exaltación radical del sujeto y su libertad creadora, suprime de un manotazo enérgico, radical, el prejuicio kantiano de "la cosa en sí", y declara que todo el conocimiento es conocimiento de la propia conciencia: El sujeto sale fuera de sí para ponerse delante de sí como objeto de su propio conocimiento (Ob-iectum, echado ante sí).

Este autoconocimiento puede expresarse esquemáticamente así: Yo=Yo (reminiscente, pues, del autoconocimiento de Dios -aunque este paso solo lo dará Hegel- el cual es Verbo, palabra eterna de Dios, tan perfecta que es igual a Dios, según la teología cristiana. Recordamos que Fichte se había formado en un seminario luterano) Comienza entonces el proceso dialéctico que dará lugar a toda la realidad, mediante sucesivas negaciones -antítesis- seguidas de negación de la negación -síntesis-, que vuelven a ser de nuevo tesis a negar, etc... de modo que en este despliegue va apareciendo la totalidad. Por supuesto que el proceso es reminiscente del emanacionismo panteísta de Spinoza -la primera formación de Fichte-, según el cual el mundo entero es emana de la sustancia divina, y esto de modo dialéctico.

Así, el Yo inicial, el YO solo, al que nada impone límites, el Yo ilimitado, infinito, al conocerse así mismo, Yo=Yo, lo que equivale al Yo  $\neq$  No Yo, crea la antítesis del Yo, digamos lo No -Yo, lo otro, lo que por tanto le limita llegándose a la síntesis que es el yo finito, limitado. Es ésta tesis que de nuevo es negada, llegándose a nueva síntesis, etc... quedando así inaugurado el proceso dialéctico, constituyente, al modo espinosiano, de toda la realidad.

Sería el sistema fichteano un sistema ya coherente, final, si no hubiera querido Fichte justificar además la moral, poniendo más tarde un Absoluto añadido al Yo, al que este último tiende superando por la ascesis moral las limitaciones impuestas en el proceso dialéctico. En realidad, parece que la aparición tardía del Absoluto en la obra de Fichte obedeció a cierta conversión personal, que intentó hacer compatible con su anterior filosofía. Como su sistema estaba basado en la conciencia subjetiva, Fichte viene a presentarla entonces a ésta como el despliegue del Absoluto en multiplicidad.

Schelling, formado en fuerte amistad y comunidad de inquietudes e ideales con Hegel y Hölderlin en un seminario luterano, compartió con ellos el ambiente idealista Fichteano, a la par que sus críticas al maestro, en la década final del siglo XVIII. Alcanza pronto (con ser el más joven de los tres) la cátedra y la fama, e intenta una reformulación del idealismo fichteano en la que el absoluto, ocupe un lugar menos forzado respecto al Yo. El Yo es el Sujeto, es el Espíritu. Su objetivación fichteana (la objetivación necesaria para su autoconocimiento) es el Objeto, el Espíritu objetivado o Naturaleza es el Absoluto. El Espíritu inconsciente en la naturaleza, puja por hacerse espíritu consciente, y éste es el devenir de la naturaleza hacia formas cada vez más organizadas de vida, hasta que aflora la filosofía, y con ella el autoconocimiento del espíritu.

Lo que faltará para que el cuadro sea completamente coherente es declarar que el punto de partida del devenir dialéctico, a lo que Fichte y Schelling llamaron el Yo, o el Sujeto, es en realidad el Absoluto, que no supieron como insertar en el sistema, es decir, aquello a lo que la religión llama Dios. Esto hará Hegel, y la naturaleza aparecerá entonces en un acto libre, creador de éste, sin que la naturaleza deje de ser Dios. La publicación de su obra le hará pasar de la miseria a la fama, siendo aclamado como el filósofo alemán por antonomasia. Esta obra supondrá también el declive de la estrella de Schelling y el final de una amistad, en parte por divergencias de pensamiento, y en parte también debido a celos del anterior filósofo popular.

- Pero exponamos detalladamente la filosofía de Hegel, desde el principio: Para él, la verdad tratada en ambas, religión y filosofía, es una y la misma: la verdad eterna, no la de éste o aquel particular individuo, pueblo o época, sino la verdad eterna universal. El modo en que ambas tratan de esta verdad sin embargo, es distinto: la religión la conoce por medio de representaciones que más tarde toman en la filosofía la forma de pensamientos. Así por ejemplo la religión judeo-cristiana representa como Dios Padre lo que en la filosofía es el Ser. Ser es Nada, así como ser vivo significa menos que ser hombre, y lo más abstracto, el concepto más vacío es el de ser (Este es el punto de partida subjetivista, donde la reducción de lo ontológico a lo lógico está supuesta, y por tanto ser es nada: ¡nada que predicar!).

El Ser, que sólo es en sí, deviene en ser para sí, objeto para sí mismo, Verdad o Idea, a través de un proceso de mediación lógica, no temporal, de un modo que yo compararía al desarrollo lógico, necesario, atemporal -anterior a su aparición en la historia de las matemáticas-- del estado final de una teoría matemática, desde sus axiomas (donde la teoría estaba implícita) El Ser es abstracto, vacío (como el pensamiento de un niño, dice, es abstracto, pobre) y la Idea es concreta, está llena de las determinaciones o momentos del desarrollo lógico que son verdades parciales en proceso hacia aquella verdad total, espejos finitos de la verdad infinita. Pero todo lo que hay explícito en la Idea, todo lo explicitado en este proceso, estaba implícito en el Ser. La religión cristiana ha representado la Idea o Verdad idéntica al Ser como Dios Hijo que no es sino el Logos,

Palabra, Revelación del Dios Padre, Palabra tan perfecta que es idéntica al Padre ("Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre"), y así el Hijo es Dios, igual al Padre.

Esta mediación lógica desde el Ser, al que llama también "Idea en sí", hasta la Idea, Logos o Verdad, a la que llama también "Idea para sí", es comparada por Hegel a la mediación desde la yema, que luego se desarrolla en árbol hasta llegar al fruto final que estaba implícito, idéntico en la yema! Pero el árbol niega, destruye la yema Como después el fruto niega, destruye la flor del árbol (Yo tomaría, en la vena hegeliana palabras de Jesús, algo forzadas: "Si el grano de trigo no se niega a sí mismo y muere no dará fruto") Así todo momento del desarrollo es negación del anterior, es decir que este proceso lógico es dialéctico. Esto se comprenderá mejor más adelante cuando este proceso se vea reflejado en la historia de la filosofía.

El proceso de desarrollo de la Idea es puramente lógico y por tanto necesario. Pero la Verdad total incluye esta verdad parcial, es decir, conoce la necesidad del proceso y por conocerlo es libre "En la percepción sensible, por ejemplo, y en el sentimiento, yo me encuentro confinado y no soy libre, pero soy libre cuando soy consciente de este sentimiento mío".

Permítaseme recordar que el hombre tiene entendimiento y voluntad no infinitamente perfectos, como el cristianismo predica de Dios, de modo que la Verdad o Palabra de Dios es el mismo Dios -el Hijo- y la voluntad libre o Amor de Dios es el mismo Dios -El Espíritu Santo. Así mismo ve el cristianismo la creación del mundo como un acto libre del amor divino, hacia afuera. Como es de esperar en la mentalidad hegeliana panlogista y por tanto panteísta, la procesión del Espíritu Santo y la creación del Mundo son la "representación" religiosa de una misma educación: La educación de la Naturaleza, la cual no es sino el Espíritu. Así pues el Espíritu no es sino el mismo Dios, la Idea misma, que al ser libre, en un supremo acto libre ha salido afuera de sí mismo: "El espíritu existe solamente en tanto que se produce, da testimonio de sí y se muestra, se manifiesta. En su testimonio se produce a sí mismo. Esta es la idea fundamental. Expresado en la representación: Dios es espíritu o amor (esto es, uno); es decir, Dios se enajena (se aliena) a sí mismo, para comunicarse, para entregarse a lo otro. Y aquí sobrevienen de repente todas las apariencias del ser dado, del haber percibido, etc... Aquí tiene su puesto todo lo histórico..."

La Naturaleza es pues Espíritu inconsciente de sí mismo, espíritu que no es de por sí evidente, sino oculto en ella como en una cáscara. Este llega a la conciencia de sí mismo, llega a conocerse a través de la historia. Ellos, afirma, no han comprendido la universalidad del Espíritu. "Han blasfemado contra el Espíritu al negar que es Santo, es decir, Universal". Siguiendo el "mandamiento absoluto: concóctete a tí mismo", el espíritu universal empieza a manifestarse en formas vagas -empieza, a romper la cáscara- al modo, primero de los mitos, los cuales poseen lo universal en cuanto contenido, aunque no en su forma (Por ejemplo, el mito del ave Fénix: De la negación, de la destrucción, surge una nueva vida y ésta es la esencia de la dialéctica. También el mito de Ormuz y Orimán, encarnaciones del Bien, el Mal, y Mitra, la posterior concordia de ambos: lo que en la Filosofía será la tesis, antítesis y síntesis en el proceso dialéctico de la Idea).

Sigue a los mitos la religión cuyo objeto es también la verdad universal, expresada esta vez en forma de representaciones. Al final -al atardecer, dirá- la filosofía, nacida en el seno de la religión e indistinguible con ella (así en Grecia, o el Cristianismo), se emancipa de la religión al tomar conciencia de la libertad de la razón. Como águila de Marte, joven, belicosa, hostiga a la religión y es injusta con ella hasta que reconoce más tarde la universalidad de la verdad expresada en la religión no por medio de conceptos filosóficos, sino de representaciones. No de otro modo el joven adolescente niega al principio, rebelde, las tradiciones paternas, pero luego, adulto ya, se convierte a ellas comprendiéndolas hasta llegar a una síntesis, hasta negar así su propia negación.

Para Hegel es lo mismo la historia que la historia de la filosofía. Pues "la filosofía de un pueblo, de un tiempo, es su esencia espiritual, su floración más plena". En la filosofía el espíritu llega a conocerse a sí mismo repitiendo en el tiempo, en la historia, los mismos momentos o eslabones dialécticos necesarios, atemporales, de la lógica en su mediación desde la Idea en Sí hasta la Idea para sí, la Verdad total. Así pues, la historia de la filosofía no es un conjunto de opiniones opuestas e inconexas -"un campo de batalla cubierto con los huesos de los muertos"- como parecen mostrar a veces algunos textos miserables de esta historia: la filosofía no trata de opiniones, sino de verdades, ampliadas de generación en generación con una necesidad lógica, dialéctica, de modo que van apareciendo todas ellas como momentos parciales de la Verdad total, la cual aparece al final como integrada por todas ellas. El proceso es pues dialéctico: Cada momento o determinación particular de la Verdad total, es decir la verdad -tesis- de cada escuela filosófica es negada más tarde por la verdad de otra escuela aparentemente contrapuesta. Y la llamamos antítesis, porque niega. Pero lo que en realidad niega es solo que fuese aquella la verdad total. ("*omnis Determinatio est Negatio*" decía Spinoza; y Hegel afirmaba que "*ser spinoziano es el principio de toda filosofar*"). El momento llegará -quizá una tercera escuela filosófica- en que esto será reconocido, en que se negará la negación, es decir, la oposición de la antítesis respecto de la síntesis, comprendiendo lo que ambas tenían de mutuamente aditivo -la síntesis- en progresión necesaria hacia la Verdad Total.

Esta dialéctica aparece reflejada en la historia de la Filosofía cuya evolución temporal no es sino espejo de la mediación lógica, atemporal, de la Idea. Historia que se inició con el problema del Ser, el Primer Principio o Arché (que Tales puso en el agua) y el problema, pues, era tan solo la existencia. Desarrolló la filosofía el mundo griego hasta la Idea, en el "*Nous*" de Anaxágoras y en las "*ideas*" de Sócrates, y así la problemática de ellos fue al final la cuestión de las ideas. Mucho más tarde aparece en la Historia el Espíritu, la Res Cogitans, el "je pense, donc je suis": El sujeto es, pues, la temática de la filosofía moderna, es decir, el Espíritu ha tomado al fin conciencia de sí mismo. "*La nueva filosofía germánica, la propiamente moderna, empieza con Descartes*" afirmará Hegel. "*El mundo griego ha desarrollado el pensamiento hasta la Idea. El mundo cristiano o germánico ha concebido el pensamiento del Espíritu*".

Así pues, el Espíritu Universal se manifiesta como espíritu subjetivo en cada filósofo (manifestación representada en la religión por la "Gracia") y a través suyo se objetiva en las leyes que constituyen el Estado. El Estado es pues la objetivación de la voluntad libre del Espíritu "La voluntad libre quiere solamente las determinaciones que existen en la voluntad universal. Por consiguiente, con estas determinaciones de la voluntad universal se establece la libertad civil, el derecho racional, la verdadera y justa constitución del Estado".

Recordemos que la idea del imperio de Occidente es desde antiguo la idea de la "cristiandad", es decir la identidad de lo occidental, lo cristiano y lo germánico, omnipresente en la obra de Hegel. Sobre el paganismo griego que añadió al conocimiento de Dios, del Ser, de las civilizaciones previas, el conocimiento de la Idea o Logos, conoció luego el cristianismo, por representación al Espíritu Santo. La filosofía cristiana, o alemana, "gestada a lo largo de la Edad Media" ha concebido al final el espíritu, que haciendo su aparición en Descartes como yo, como sujeto, se hace plenamente consciente de sí mismo en la actual filosofía alemana.

Observamos pues que, para Hegel, su filosofía, es la síntesis final de toda la filosofía. En esto excluye el autor cualquier mérito personal, pues tan solo ha recogido lo que "una galería de héroes" había sembrado anteriormente. "*El gran quehacer del mundo es ahora conocer a Dios como espíritu y en el espíritu; y este quehacer ha correspondido al pueblo germánico*". Este conocer a Dios en todo, reconocer el espíritu de Dios en el espíritu del hombre, ha sido antes representado en Cristo, Dios y Hombre, por la religión cristiana: "*la religión cristiana contiene el dogma, la intuición de la unidad de la naturaleza divina y de la humana. Esto ha sido revelado a*

*los hombres por Cristo, Hombre y Dios. La idea subjetiva y la idea objetiva son aquí una misma cosa. Este es el principio germánico, esta es la unión de la subjetividad y la objetividad".*

## **CRÍTICA:**

El principio germánico es la unión de la subjetividad y la objetividad -no es posible mejor resumen del idealismo alemán, como tampoco es posible resumir mejor sus amenazas. Cuando la objetividad del Estado es la subjetividad de un individuo, de una minoría ("el partido"), o de una clase ("el proletariado") -pues en ellos se manifiesta el espíritu universal- entonces una nación entera es sometida a la dictadura de un individuo, de una minoría o de una clase. Estos son, estos fueron, en suma y en su germen, los totalitarismos occidentales del siglo XX que encontraron su raíz cultural en la filosofía de Hegel en el siglo XIX: ambos Feuerbach y Nietzsche -aparentemente contrapuestos entre sí, y contrapuestos a Hegel- fueron herederos intelectuales de Hegel (nada más hegeliano que esa contraposición aparente de sus herederos intelectuales reales. En el fondo, cuando se analizan, parecen como más de lo mismo, o parte de lo mismo. (Tan solo Kierkegaard será verdadera reacción, y muy temprana, que ya nada tendrá que ver con Hegel.

Afortunadamente, la filosofía del siglo XX será más kirkegaardiana, más existencialista, que hegeliana, es decir que racionalista, o "idealista" pues el idealismo es la versión final del racionalismo. Esto es un buen augurio para lo que será el pensamiento político del siglo anterior, si sigue sucediendo que el pensamiento político de cada siglo es la filosofía del siglo anterior) Está claro que una vez negada la dualidad o distinción entre Espíritu y Materia, es cuestión de matiz, casi de nomenclatura, afirmar que el Todo es espíritu en necesaria evolución dialéctica (Hegel) o afirmar que es materia en necesaria evolución dialéctica (Feuerbach y Marx). Este último es el principio de la revolución, de la que Marx, y luego Sartre son apóstoles como un programa de acción de carácter dialéctico: el revolucionario ha de ser inconformista y negar su propia sociedad, es él quien la hará progresar hacia la totalidad. Por la revolución, la voluntad subjetiva del evolucionismo se hará objetiva, llegará a imponerse como ley a toda la sociedad. La revolución socialista costará Rusia cien millones de muertos, profetizó Dostoyevski en "Los Demonios", y en un recuento reciente de Solzjenitzin, en que se incluían a los muertos de la guerra, se llegaba a esos cien millones, o al menos cerca. Los Auschwitz y los Gulag están demasiado cercanos, para que un europeo de la postguerra haya de extenderse demasiado en una refutación de Hegel.

La historia, que para Hegel extrae las consecuencias necesarias -y al menos esta vez lo ha hecho- se ha encargado ya de refutarle, aunque costando esto la vida y el sufrimiento de muchos. La filosofía subjetivista está ahí, en desarrollo perfectamente coherente desde Descartes hasta Hegel. Los frutos también están ahí, y una comprensión profunda de esta filosofía incluye también la necesidad de sus frutos. Basta entonces, en la misma vena hegeliana de las "representaciones" religiosas, aplicarle al árbol de Hegel las palabras de Jesucristo "Por sus frutos los conoceréis". Tan lejos nos ha llevado la puesta en duda cartesiana del "Res Sunt" en aquel "vollo dubitare de omnibus", implícitamente panteísta, pues todas las cosas las entiende como necesarias, ya que se propone deducir necesariamente su existencia, en vez de limitarse a observarla. Se encargará la historia de la filosofía de hacer explícito lo que era implícito, y al panteísmo, ya en forma de ateísmo, supondrá la supresión del fundamento de cualquier norma moral, pues si Dios no existe todo esta permitido, según afirmaba el padre de los Karamazov.

Cuando una sociedad entera es sometida al espíritu subjetivo de un dictador, la vida misma chirría dentro del esquema que supone el sistema mental de un solo hombre y solo se sostiene -y esto temporalmente- mediante una férrea disciplina policial. También la historia, la Filosofía y la Religión chirrían al ver encorsetadas sus manifestaciones dentro del esquema interpretativo de una

filosofía dentro de la cual tienen que aparecer -forzados o no- como momentos de su propio hacerse (este esquematismo" es heredado por todos los seguidores de Hegel, digamos que es un rasgo de familia. Así en la interpretación marxista de la historia toda ella en simplicísimos términos de la lucha de clases, con frecuencia simplones y anacrónicos (Se dice que, en cierta ocasión, al ser advertido Sartre que dos hechos habían sucedido en cronología inversa a la interpretación causal conque él los explicaba, Sartre contestó: *¡peor para la historia!*").

Así también, en la interpretación hegeliana de la religión todo es forzado: No se pretende, en los dogmas cristianos aludidos por Hegel, representar verdades filosóficas, sino presentar verdades reveladas pertenecientes al orden sobrenatural, y por tanto no alcanzables por la razón humana. Se puede hablar, sí, de reminiscencias en el pensamiento de Hegel de ciertos dogmas cristianos, especialmente el trinitario, lo que tiene su explicación pues Hegel era luterano y se formó en un seminario. Con todo, estos dogmas están mal entendidos en las reminiscencias hegelianas, o mejor dicho, están forzados (una vez más) para que puedan entrar en su "esquema", haciéndonos decir lo que en modo alguno decimos, sea cual sea nuestra confesión: En particular, la generación del Hijo no es procesual, no tiene lugar por medio de ninguna sucesión de momentos lógicos. El Dogma cristiano no afirma que el Espíritu Santo sea el Espíritu del Mundo, de modo que pueda identificarse la Creación del Mundo con la procesión del Espíritu Santo del Padre y del Hijo. Así pues no tiene sentido alguno para un cristiano hablar de la Naturaleza como de Dios alienado o salido fuera de sí.

Lo mismo puede decirse de la figura de Jesucristo que no es en modo alguno la representación de la identidad de la naturaleza humana y divina. Ningún cristiano, de ninguna confesión, admitiría jamás que Cristo sea la representación de verdad filosófica alguna, y menos de esta índole, pues desde antiguo y con gran énfasis, ambas, naturaleza humana y la divina, se entienden en Cristo como inconfusas. La doctrina de la Gracia no representa la universalidad del espíritu humano, es decir, su identidad con el Espíritu Santo, pues todo panteísmo -y en particular el hegeliano- es incompatible con el cristianismo, don Cristo Hombre ocupa el lugar central como único mediador entre Dios y los hombres. Así mismo, la filosofía está forzada: solo así pueden aparecer filosofías tan distintas como la aristotélica y la hegeliana como expresión de una misma verdad universal, y podríamos seguir multiplicando los ejemplos cuando toda la realidad, la Naturaleza, la vida la religión, el pensamiento han sido encorsetados para que puedan entrar en su esquema filosófico.

La filosofía de Hegel tendría más sentido si la historia hubiera acabado, en efecto, al mismo tiempo que la vida de Hegel. Pero Hegel murió, y la vida resultó ser más rica porque siguió. El tiempo ha seguido y la historia continua. Así pues la filosofía de Hegel predice su propia descomposición cuando determina que la filosofía acaba en Hegel, ya que el hombre seguirá siempre filosofando, barco siempre a la deriva, siempre navegando y al mismo tiempo encallado en las tres preguntas kantianas: ¿que puedo saber? ¿qué debo hacer? ¿qué me es permitido esperar?

Cualquier verdadero hegeliano debe negar la filosofía de Hegel. Ha habido de hecho hegelianos que han tomado en serio esta recomendación y han sido críticos con el pensamiento del maestro desaparecido, suponiendo en esto, en el fondo, su misma filosofía. Así, cuando Marx hace su crítica de la filosofía, se limita a criticar la de Hegel, pues afirma, con el pensador alemán, que ésta comprende cualquier otra filosofía. El resultado es que Marx, suponiendo lo mismo que está criticando, niega la filosofía de Hegel (¡sin dejar de ser hegeliano!) y con ella toda la filosofía, llegando a su famosa afirmación, paradójico puerto final de la aventura racionalista y desenmascaramiento de su raíz voluntarista: "El mundo no hay que interpretarlo, como hacen los filósofos, ¡Hay que transformarlo!" La verdad ha perdido la partida final. En adelante será sustituida por la voluntad, por la praxis revolucionaria de Karl Marx o la voluntad de poder de Friederick Nietzsche (No hay demasiada diferencia: de nuevo, el parecido entre hermanos. Este serán más tarde, el macabro parecido de los Gulag y los Auchwitz, antes aludidos)

El proyecto racionalista ha acabado. Acaba pues en la mera práctica, en la irracionalidad total, en mero voluntarismo, es decir en lo que desde el principio era, ahora ya explicitado, desenmascarado. Solo por la voluntad que fuerza a la razón, solo por el *Volo, Volo dubitare de omnibus*, puede dudar el hombre de la facultad más digna que se le ha dado, y dudar así no solo de sí mismo, sino de todas las cosas. ¡Al final del proyecto racionalista, al pedirle a la razón que de lo que no puede dar, es decir la deducción lógica, más bien que la observación de todo lo que es, al final hay que renunciar a la misma filosofía! Ah, pero esto tiene en contra nada menos que a la misma naturaleza del hombre. "*El hombre tiene por naturaleza un deseo de saber*" Así empieza el primer libro de la *Metafísica* de Aristoteles. También después de Hegel el hombre se admira y no puede dejar de hacer filosofía.

Acabo resumiendo mi crítica a Hegel: la descomposición de escuela que tuvo lugar en las filosofías posthegelianas no ha sido pues sino la manifestación histórica, temporal, de una contradicción interna en la entraña misma de la filosofía idealista: Cuando el espíritu se ha absolutizado, al final ya del proceso dialéctico, ¿por qué no una nueva negación de éste, que haga continuar el proceso indefinidamente? Y si el proceso es indefinido ¿cuándo el espíritu subjetivo llegará a ser Espíritu Absoluto?

Antes de dejar Hegel quiero resaltar su mérito principal, que no es poco. Ha aclarado las cosas. No se ha dejado llevar de ningún prejuicio, y nos ha mostrado el puerto final del punto de partida subjetivista.